

**CENTENARIA Y BENEMÉRITA
ESCUELA NORMAL PARA PROFESORES DE TOLUCA**

“Salimos desnudos a la vida y la vida nos vistió muy distintos ropajes. Algunos alcanzaron a vestirse de maestros, otros apenas tenemos traje de bohemios. Pero eso sí, tenemos la esperanza remota quizás de que en una Normal del futuro no sólo se podrá pescar recuerdo, sino vida, acción, fuerza creadora. Esa Normal con que soñamos y que tal vez no veremos”.
Alfonso Sánchez García



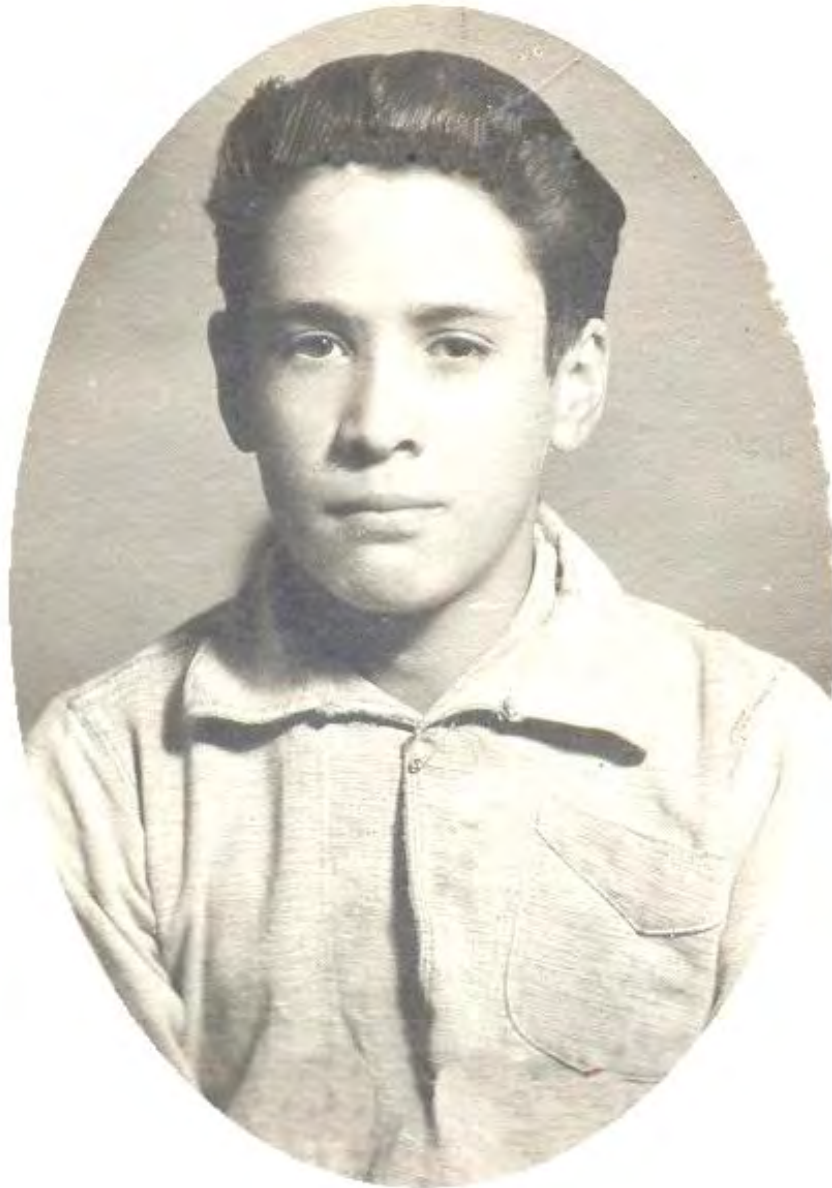
Alfonso Sánchez García

La vocación magisterial

*La Centenaria y Benemérita
Escuela Normal
para Profesores de Toluca,
piedra angular de la educación
en el Estado de México,
celebró en 2010
el Centenario de su Edificio.*



**Centenaria y Benemérita
Escuela Normal para Profesores
de Toluca**



ALFONSO SÁNCHEZ GARCÍA
La vocación magisterial

Christian Alejandro González Nolasco

**CENTENARIA Y BENEMÉRITA
ESCUELA NORMAL PARA PROFESORES DE TOLUCA**

Profra. Ma. Eugenia Hernández Tapia
Directora de la Institución

Profra. Alicia María Elena Álvarez Vilchis
Subdirectora Académica

Profr. José Mauricio Moreno Cortés
Subdirector Administrativo

Profra. Yolanda Salgado Barrientos
**Jefa del Departamento de Promoción
y Difusión de la Cultura**

**SERIE HISTORIA Y CULTURA PEDAGÓGICA
SEMBLANZAS DE MAESTROS EMÉRITOS**

Profr. Rodolfo Sánchez Arce
Secretario Técnico del Consejo Editorial Institucional

© Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores de Toluca.
Independencia Ote. 804.
Colonia Santa Clara, Toluca, Estado de México.
Impreso en México.
Mayo de 2011.

Presentación

Los maestros eméritos que nos antecedieron en las aulas, quienes impulsaron el proyecto educativo en esta institución, y que dieron forma a la identidad normalista, nos dejaron un legado histórico peculiar que en cada generación configura y renueva sus formas y su puesta en práctica, mediante las labores cotidianas.

La Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores de Toluca presenta a través de las semblanzas de maestros eméritos, sus contribuciones pedagógicas, didácticas, políticas, artísticas, culturales, humanísticas y sociales al normalismo y a la nación mexicana. Con esta publicación se pretende difundir el quehacer docente de excelencia y resaltar de cada maestro su talento, creatividad e inteligencia en su desempeño docente o en alguna labor profesional al servicio de México.

Con la “Serie Historia y Cultura Pedagógica. Semblanzas de Maestros Eméritos”, nuestra Escuela celebra el Centenario de su Edificio, presentando la suma histórica y contemporánea de las aportaciones de maestros que en sus aulas o fuera de ellas han dado prestigio a la institución que los formó o en la que se desempeñaron como profesionales.

Nuestra institución tiene una larga tradición de formar profesionales de la docencia, pero muchos de ellos fueron formados aquí para luego desplegar sus alas en otros cielos. El profesor Alfonso Sánchez García, periodista, escritor, funcionario público, hombre de cultura, historiador, tuvo muchos campos de desempeño aparte de la docencia. Pero su amor por esta Normal que lo formó fue siempre inamovible, y dedicó muchas de sus páginas a ensalzar, esclarecer y difundir su historia, que es la historia del normalismo del Estado de México.

Invito al lector a conocer la obra de este encomiable normalista, uno de sus hijos dilectos.

PROFRA. MA. EUGENIA HERNÁNDEZ TAPIA
Directora de la Centenaria y Benemérita
Escuela Normal para Profesores de Toluca

Profesor Alfonso Sánchez García

Jamás creí que me encontraría con un personaje de esta talla, dije mientras revisaba la obra del Profesor Alfonso Sánchez García y cuando me di cuenta que su trabajo era interminable, no pude contener el asombro. De buena fuente sé que publicó más de doscientas cincuenta mil cuartillas de trabajo periodístico, literario, histórico, etcétera, el número crece a medida que revisamos los textos inéditos que dejó. Y si a eso le sumamos las incontables referencias que periodistas e intelectuales hacen sobre él, los homenajes, recuerdos de quienes conocieron al periodista, al profesor, al hombre, podremos dilucidar un amplio panorama sobre su vida.

Mentiría si dijera que después de repasar brevemente su obra (porque sólo fue un vistazo) no quedé sorprendido, qué digo sorprendido... ¡anonadado! Cualquiera se ve empequeñecido al verse de frente con un hombre que tuvo la imaginación e inteligencia para inventar una ciudad por sí mismo, la vitalidad para ir de empresa en empresa combinando sus grandes pasiones, con las ineludibles obligaciones de un profesionista y hombre de familia. Cómo no indagar en la obra de este erudito y rendir un sencillo pero honesto homenaje al hombre de papel y tinta, personaje cuyas ideas iban en consonancia con su obra.

Me complace traer a ustedes algunas notitas sobre la vida y obra del famoso "Profesor Mosquito", don Alfonso Sánchez García. En ellas recorreremos su reconocido trabajo como periodista, cronista, literato, pero también como trabajador de la educación, parece extraño, pero a pesar de que se graduó como profesor, pocas veces se le recuerda como tal. En ellas revisaremos distintas etapas de su vida y descubriremos algunos aspectos de su obra, para terminar con una crónica de sus años como estudiante normalista en la casona de la calle Independencia.

A decir verdad, después de este trabajo me siento algo avergonzado, pues para ser honesto estas líneas no las redactó su servidor, el profesor ya las tenía hechas, supongo que lo hizo con el ánimo de que las redescubriéramos, y con mucho respeto lo digo, ahora entiendo por

qué se dice que aun desde el otro barrio el maestro sigue “manchando cuartillas”, tal y como él decía.

En concordancia con esto, la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores de Toluca, en un esfuerzo colectivo rinde homenaje a la vida y obra de un prominente egresado de esta centenaria casa de estudios: el profesor Alfonso Sánchez García. Nadie mejor que este hombre de notable inteligencia para ser distinguido de entre el grupo selecto de maestros que atinadamente dispuso de la prensa como efectivo vehículo para la propagación de las ideas, vinculación entre las esferas sociales, y por supuesto, como elemento indispensable en la formación escolar en todos los niveles educativos.

Hombre célebre, por muchos conocido como el “Profesor Mosquito”, natural del municipio de Calimaya, Estado de México, nace el 15 de enero de 1927. Es llevado desde muy temprana edad a la ciudad de Toluca de la mano de sus señores padres, don Heriberto Sánchez Garduño y doña Celia García de la Serna, adoptando desde el año de 1930 como vecindario, el antiguo barrio de San Juan Chiquito, en pleno corazón capitalino (Sánchez Arteche, Sánchez Arteche y Sánchez Arce: 2001).

Recibe la formación en las primeras letras en las aulas de la Escuela Oficial “Anselmo Camacho”, para posteriormente en 1939, ingresar a la recién reformada Secundaria Número 2 Anexa la Escuela Normal Mixta de Toluca, actualmente Centenaria y Benemérita. En esta época fallece don Heriberto Sánchez, por lo que ingresa en 1940 al Internado de la Normal en calidad de pensionista para seguir el camino de los alumnos de su categoría, el de continuar cobijado por la Normal, pero ahora como futuro profesor (Sánchez Arteche, Sánchez Arteche y Sánchez Arce: 2001).

Periodista y hombre de cultura

Reconocido por entregarse de lleno al mundo del periodismo, es precisamente desde sus años estudiantiles en la Escuela Normal, que colabora en la revista estudiantil *Alborada*. En la misma época es fundador de la revista *Letras de Juventud* al lado de sus grandes amigos y

colaboradores Rodolfo García Gutiérrez, Alejandro Fajardo, Esteban Nava Rodríguez y Moisés Ocadiz. Por este tiempo, a instancia del entonces Gobernador del Estado, don Isidro Fabela, colaboró en el periódico toluqueño *El Demócrata* (García Gutiérrez: 1986).

Al término de los estudios normalistas en 1945, decide buscar fortuna como periodista en la capital del país. Durante ocho años se desempeña como reportero, editor y director en diversas publicaciones. Comienza por abrirse camino en revistas de espectáculos, como lo fueron *As*, *Cine Continental* y en *Novelas de la Pantalla*. En 1947 decide buscar nuevos horizontes como informador, impulsado por Alfredo Valdés Leroux, trabaja como articulista y secretario de redacción en *Mundo Nuevo*, y posteriormente como jefe de información de la revista *Acá*. (Sánchez García, 1982).

En 1950, es nombrado jefe de redacción del diario *Zócalo*, fundado por Alfredo Kawage Ramia y Roberto G. Serna y dirige paralelamente la revista *Continental*. Un año después se aplica a la redacción del semanario *Oiga*. Siguiendo la línea que lo distinguió como un hombre ávido de nuevos retos, en 1953 se integra al equipo de trabajo del coronel García Valseca para dedicar sus esfuerzos a los periódicos de *Organización Editorial Mexicana*, situación que terminaría por devolverlo a la ciudad de Toluca (Sánchez Arteché, Sánchez Arteché y Sánchez Arce: 2001).

Durante los años de trabajo en la capital del país, no sólo se consagra al periodismo, pues en 1949 se desempeña como adaptador y guionista de *Argel Films* y *Producciones Roberto Serna*.

El año de 1954 marca su regreso definitivo a la ciudad de Toluca, cuando por encomienda del coronel García Valseca se hace cargo de la dirección de *El Sol de Toluca*. Después, en 1956, en unión con Alfonso Solleiro Landa funda el periódico de combate *El Mundo* del que funge como subdirector. Posteriormente en 1958, ingresa como maestro de técnica periodística en la Facultad de Periodismo erigida por el licenciado Enrique González Vargas, e interviene en la formulación de su plan de estudios y del programa de su materia.

Desde 1961 colabora en el periódico *El Noticiero*, como editorialista y columnista. Es en ese año que arranca su columna "Espulgues". Dos

años después, con Carlos Garduño trabaja en la publicación de efímera existencia *El Diario*. En 1968 su entrega al periodismo es recompensada al serle otorgada la “Medalla Carlos María Bustamante” del Club de Periodistas y la Asociación Mexicana de Periodistas por los *altos méritos a su carrera*, la cual se convierte en la primera de muchas preseas que recibe a lo largo de su vida (García Rojas: 1968).

Al resultar electo gobernador del Estado de México el profesor Carlos Hank González se integra en 1969 a su grupo de trabajo como Subdirector de Prensa y Relaciones Públicas, puesto que desempeña hasta 1981, pues es ratificado durante el periodo de gobierno del doctor Jorge Jiménez Cantú. A pesar de ello no suspende su labor periodística y en 1977 inicia la *Crónica de la Ciudad de Toluca en El Noticiero*, donde publica más de quinientos artículos de investigación sobre diversos aspectos del acontecer en la ciudad capital del estado.

Tal es la importancia de la labor periodística del profesor que en 1979 la Universidad Autónoma del Estado de México y la Asociación de Profesionales le otorgan la *Presea Bienal de Periodismo*. En agosto de 1981 le es confiada una de las más dignas responsabilidades que la sociedad toluqueña puede delegar, pues se le designa Cronista de Toluca por la Dirección del Patrimonio Cultural y Artístico del Estado de México, ratificado el 11 de septiembre del mismo por el Ayuntamiento local, título que ostentaría hasta el final de sus días con fructífero trabajo (“El Profesor Alfonso Sánchez García nombrado...”: 1981).

Reconocido por Rodolfo García Gutiérrez (1986) como autor de más de una veintena de libros, desde crónicas, pasando por la investigación histórica, hasta aquellos humorísticos y literarios, firma en 1963 su *Uso y abuso del vocabulario prohibido*; en 1968 el Profesor Mosquito presenta *Toluca del Toloache*; en 1972, junto con Rodolfo García, Gonzalo Pérez y Leopoldo Sarmiento, edita la *Antología Juarista*, con motivo del año de Juárez. En 1978 su novela corta *Clara y Toribio* obtiene el segundo lugar en el certamen “La Historia que Soñé”, concurso de convocatoria nacional organizado por la XEW y la revista *Activa*, lo que le merece la publicación de la obra. En 1981 aparece su libro *Prisciliano María Díaz González, precursor del obrerismo en México*.

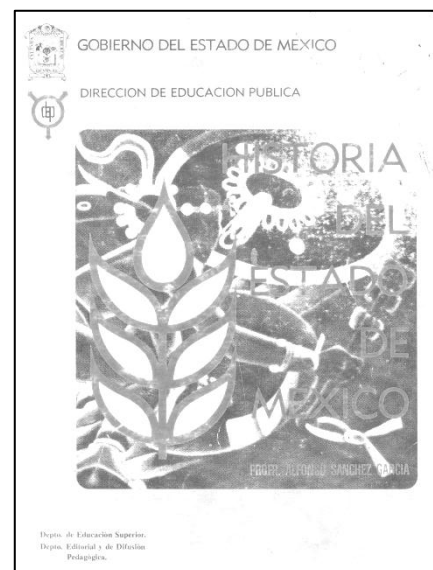
Entre otras obras suyas, encontramos: *Apuntes de Historia del Siglo XX*, *La revolución armada en el Estado de México*, *Toluca del chorizo*,

Ditirambo de los Portales de Toluca, "San Juan Chiquito" un barrio de Toluca, La Plaza España de Toluca, De Mercado del Centenario a Jardín Botánico, Anecdotario zoólatra y botanista, Historia de gente y animales, Poemas, Toluca: monografía municipal (post mortem). Ya en otras como *El plumaje del mosco (páginas autobiográficas)* (2001), se da a conocer una completa bibliografía sobre el profesor.

Su destacada labor lo hizo elegible para recibir múltiples reconocimientos, de diversos sectores sociales. Como ya habíamos mencionado, en 1968 recibe de parte de sus colegas la Presea "Carlos María Bustamante", nueve años después es reconocido por la Asociación de Reporteros Gráficos del Estado de México, al igual que la Confederación de Profesionales del Estado de México, al otorgarle la Presea Bienal al Mérito Periodístico (García Salgado: 1979). Por parte de los trabajadores de OEPISA recibe reconocimiento en 1981, y en 1986 el Club de Periodistas de México le hace entrega del Premio Nacional de Crónica "Bernal Díaz del Castillo".

Nombrado Subdirector de Patrimonio Cultural y Artístico en 1983, fue impulsor de numerosas empresas culturales en el Estado de México, de entre las más ambiciosas del Centro Cultural Mexiquense, una institución que estará al servicio del pueblo ("El Centro Cultura Mexiquense...", 1986).

Recibe dos veces la máxima distinción al mérito cívico que otorga el gobierno del Estado de México. La primera, en 1983, recibida de manos del gobernador Alfredo del Mazo González en una modalidad especial por su aporte a la crónica y las letras mexiquenses. ("Presea Estado de México...": 1984). Ya en el epílogo de su vida, como resumen del reconocimiento social a sus contribuciones en el mundo de la cultura y el periodismo, recibe la Presea Estado de México 1994 en su modalidad Periodismo e Información "José María Cos", por hacer de su pluma vehículo para la información objetiva, la difusión de la cultura y el fortalecimiento de la ciencia y la educación en nuestra entidad ("Presea Estado de México...": 1995).



Como educador

No cabe duda de que el profesor Alfonso Sánchez García tuvo una destacada trayectoria en la que fue su carrera fundamental: el periodismo. Sin embargo, nunca fue un extraño en las esferas educativas. Ya sea que aprovechara sus dotes como periodista, historiador y escritor, frente al grupo en el aula o desde las oficinas, aportó su granito de arena para lograr el fortalecimiento del sistema educativo mexiquense.

Desde su regreso de la Ciudad de México, simultáneamente a su labor periodística, se desempeña como maestro de la cátedra de historia de México en tres instituciones educativas de Toluca: en la Secundaria Dos, en la Nocturna “Tierra y Libertad” y en la Escuela Normal de Profesoras. Adquiere también el cargo de jefe del Departamento de Educación Audiovisual y a partir de 1956, funge como editor del *Boletín* de la Dirección de Educación Pública. En 1958 recibe el cargo de subdirector del Instituto de Capacitación Magisterial (Sánchez Arteche, Sánchez Arteche y Sánchez Arce Rodolfo: 2001).

Siempre interesado en colaborar con aquellas empresas en las que se forjaran las mentes de las nuevas generaciones, en 1959 atiende al llamado del entonces Rector de la Universidad Autónoma del Estado de México, el doctor Jorge Hernández García, y del profesor Adrián Ortega Monroy, Director de la Preparatoria, para que confeccione el programa de la cátedra de “Historia del Estado de México”, la cual imparte en la Preparatoria a cuatro grupos de tercer grado hasta 1969.

Motivado por esto, en 1964 la Universidad publica la *Historia del Estado de México*, ideada por Alfonso Sánchez García como texto auxiliar para la cátedra del mismo nombre. Fue tal la profundidad y valor historiográfico de la obra que la máxima casa de estudios de la entidad la emitió en tres volúmenes en 1969. Posteriormente en 1974 el gobierno mexiquense resuelve difundirla como parte de los festejos por el sesquicentenario de la erección del Estado (“Presentación del libro...”: 1981).

Los alcances de este libro llegan hasta 1981, cuando es difundida una edición a manera de apuntes como obra de consulta para los estudian-

tes normalistas. Fue realizada especialmente por el profesor Sánchez García, quien nunca escatimó esfuerzos para dotar al magisterio estatal y a los estudiantes normalistas, de un libro que sirviera lo mismo como texto en los salones de clase, que como obra de consulta en la oficina o el hogar.

En 1964 ve la luz una de las publicaciones más completas que ha circulado en favor del magisterio estatal, se trata de la revista *Magisterio*. Bajo el mando de don Alfonso, quien echando mano de sus experiencias como periodista, la sostiene durante seis años como vocera del magisterio estatal. Sus páginas fueron no sólo reflejo del acontecer en las instituciones educativas, fueron también ventana para el conocimiento de nuevos modelos pedagógicos y puente entre el sector magisterial, estudiantes, autoridades y sociedad.

Publicación periódica única en su tipo, que a pesar de ser un medio público para uso del magisterio estatal, asegura la persistencia de su emisión al autofinanciarse a través de mensajes publicitarios. Al cuidado del equipo encabezado por el profesor Sánchez García, siempre se procuró que ello no influyera en la calidad de la revista. Debemos advertir que absolutamente todo el material gráfico, literario o publicitario, era revisado por el Director de Educación o por la persona que designara en su representación, a fin de satisfacer los intereses de los maestros (“La iniciativa privada da...”, 1964).

Fue 1982 un año de júbilo para el magisterio mexiquense con la celebración del Centenario del Normalismo en la entidad. Muchas fueron las formas como se manifestó el festejo, una de las más loables y que más elementos dejó para la comprensión del normalismo fue el libro *Primer Centenario del Normalismo en el Estado de México (Avance histórico)* de don Alfonso Sánchez García. Obra que, en palabras del autor, no intenta ofrecer un trabajo exhaustivo sobre el tema, pero que sienta bases para la investigación de la historia del normalismo y de la educación en el Estado de México.

Sabedor de que las futuras generaciones atenderían a su llamado para profundizar en las particularidades de estos objetos de estudio, ofrece en la obra un estudio serio que brinda al lector información suficiente acerca de los primeros cien años de vida de la Escuela Normal de Toluca. Obra historiográfica estructurada en trece capítulos, para su rea-

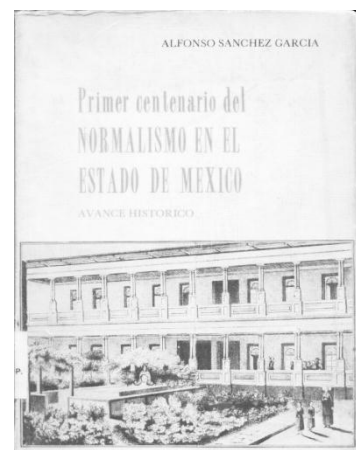
lización el profesor echa mano de la legislación estatal, los estudios más apreciables, los periódicos de la época, y las declaraciones de muchos normalistas, incluida la del propio Alfonso Sánchez García.

Para don Mario Colín (Sánchez García, 1982: Prólogo) fue la obra que le dio “la altura que su importancia exige” a la conmemoración del Centenario del Normalismo. Es hasta nuestros días referencia fundamental de las investigaciones sobre la historia del normalismo y la educación en el Estado, también núcleo de renovación vocacional del profesorado, así como muestra del profundo respeto del profesor Sánchez y de todo el magisterio para su *alma mater*, y ventana que permite a todos los que hemos tenido por maestro a un egresado de esta benemérita institución, asomarnos a una centuria en la formación de profesores.

El 25 de mayo de 1997, dos días después de coordinar un encuentro de cronistas mexiquenses y capitalinos, llega a su fin la vida del profesor Alfonso Sánchez García. Sin embargo, con su deceso su labor no fue a la tumba. A los tres meses de fallecido recibe un reconocimiento *post mortem* por parte de la UAEM por su labor periodística, cultural y académica (“Destacan la participación académica...”, 1997). En 1998, a un año exacto de su deceso y por acuerdo del H. Ayuntamiento de Toluca, un parque de la ciudad recibe su nombre, en donde también es erigido un busto con su efigie (“Alfonso Sánchez García, ejemplo...”, 1998).

Crónica Normalista

Los textos que revisaremos a continuación forman parte del prestigioso espacio que el profesor Sánchez García dedicó a su *Crónica de la Ciudad de Toluca*, en el periódico *El Noticiero*. Se trata de cinco pasajes emitidos semanal y quincenalmente, desde el día 10 de junio de 1989 hasta el 15 de julio del mismo. En ellos aborda diversos aspectos, desde la vida cotidiana, hasta la reflexión sobre lo que significa



egresar de una escuela normal, todo ello en el contexto de la Escuela Normal Mixta de aquella época, en la que viviera el maestro sus años como estudiante normalista.

Las vicisitudes de dirigir una escuela

En un primer momento el profesor Alfonso Sánchez hace la crónica de algunas incidencias vividas en la Normal Mixta durante el periodo en que ésta fue dirigida por el maestro Pedro Romero Quiroz. Nos hace ver que cuando el dominio de lo que ahora conocemos como *Gestión Educativa* se hace presente, pero el principio básico de la comunicación brilla por su ausencia, nada queda en buenos términos. Si le hizo falta tacto al profesor Romero o solidaridad y compromiso a la comunidad... no lo sabemos, pero que cada quien saque sus conclusiones.

NORMAL DE PROFESORES (I) UN VIVERO MAGISTERIAL

Atentos a cuestiones de tipo patriótico y rarezas como aquella candidatura de Don Ignacio Zaragoza a Gobernador del Estado de México, la verdad es que nos olvidamos de la celebración de la cumbre de mayo (perdónenos las mamás) que es el 15 de mayo, pese a que habíamos preparado algunas notas sobre lo que es y ha sido la Normal de Profesores como semillero magisterial, máxime que es una causa justa y noble colaborar con la reconstrucción del bello edificio de Independencia.

Estas notas versan sobre la época en que la Normal fue Mixta y son, verdaderamente, recuerdos harto personales. Hablaré primero de quien fue director en el periodo de 1943 a 1946, que fue crucial para la educación normalista en el Estado de México, ya que coincidió con el Gobernador fuera de serie don Isidro Fabela. Empezaré hablando del maestro Pedro Romero, incomprendido, controvertido, hombre de grandes contrastes.

A pesar de sus indiscutibles dotes de maestro estudioso y de su palabra fácil, brillante, casi metafórico no consiguió digamos ya la colaboración y la amistad de maestros y alumnos, pues ni siquiera su comprensión y estímulo. Durante sus 3 años de estancia como director de la Normal Mixta, se incubó con fertilidad de maleza, el ambiente de intrigas y rencores que habrían de llevar al fracaso de sus planes.

Y es que como director de catedráticos, el profesor Romero olvidó que a los pobres maestros lo único que les queda de valor real y efectivo, es un enorme e indiscutible orgullo magisterial. Después de 20 é 5 simples años de sustentar la cátedra, ningún maestro admite que, por ejemplo, el método que está utilizando es anacrónico o antipedagógico.

Un hogar postizo

De una manera drástica, el profesor Romero trató de amoldar la enseñanza normal a un sistema más moderno y funcional. De un solo golpe intentó derribar al edificio de los convencionalismos e intereses creados en un ambiente que merecía ser llevado a la evolución de manera cierta, pero progresiva. No recuerdo a nadie que hubiese aceptado y secundado, sinceramente y con energía las nuevas técnicas magisteriales indicadas por la Dirección. El profesor Romero estaba seguro de que los demás vivían en el error... y los demás juzgaban que era precisamente el profesor quien no las traía todas consigo.

Los alumnos bajo la presión de sus calificadores directos unas veces y otras por resentimientos o problemas personales propios, tampoco hicieron el menor esfuerzo para entender a su director, como dijimos antes, la inconsecuencia de intervenir demasiado en sus vidas privadas.

El profesor Romero, apasionado del Hogar, soñaba en hacer de nuestra Escuela la familia sin tacha. El símil era hasta cierto punto exacto y posible, el director debía hacer las veces de papá, la subdirectora tendría a su cargo el papel de mamá... con lo que por consecuencia nosotros resultamos ser los hijos. La administración hogareña adoleció sin embargo de algunos defectos; comenzaron a tener los disgustos concomitantes al matrimonio, pero por lo que se refiere a los hijos sucedió algo catastrófico y que sólo se ha registrado en familias demasiado nobles y adineradas como para parecerse a la nuestra; el caso es que los hijos comenzaron a enamorarse entre sí.

En todas las latitudes, en ambos hemisferios, en cualquier país protectorado, colonia o simple tribu, sucede naturalmente que los jóvenes se hagan el amor. Cuya fuerza creativa, bien administrada, es de enorme utilidad para la adquisición de los conocimientos y el despertar de la ambición profesional. Esto originó los peores dolores de cabeza del profesor Romero. Los muchachos aprovechaban cualquier oportunidad para ponerse tiernos; al menor descuido de las señoritas perfectas, que Dios las lleve a su santa gloria, las parejitas se integraban en los pasillos, en la biblioteca, en el jardín de la escuela anexa, etcétera

Miedo al amor

El profesor Romero afrontó el problema con su tajante realismo, con crudeza mortificante, les decía a ellas y a ellos la pura verdad, les exponía el peligro de los matrimonios prematuros, la responsabilidad de los hijos. Sin embargo, lejos de tratar de aprovechar sus experiencias, sobre todo ellas, se sentían ofendidas. La mujer y el hombre de temperamento latino resultan demasiado susceptibles y celosos de sus intimidades pasionales. Mis compañeros se sentían agredidos con la intervención com-

pletamente pedagógica del profesor Romero en sus asuntos sentimentales. Y esto acabó por distanciar a los alumnos de su director.

Con un sentimiento de apasionado rencor, muy femenino por cierto, de entre algunas alumnas comenzó a desprenderse el rumor de que el maestro Pedro violaba la correspondencia. La compra de un telescopio motivó que corriera la extravagante versión de que el profesor Romero lo utilizaba, emplazado frente a las enormes ventanas, para buscar a las parejitas que solían realizar una que otra excursión romántica por los alrededores.

Sin embargo nadie ha probado nada de lo anterior, pero el perjuicio que causaban al profesor Romero, los incontables rumores que se hicieron circular en torno a la persona, ya no podía impedirlo ni un milagro. Esta ola de chismes, murmuraciones y rencores alcanzó desgraciadamente, incluso a la familia del director, que tuvo que resistir el chubasco con verdadero estoicismo.

En este ambiente, tuvimos que movernos nosotros, que siempre nos batimos en defensa del profesor Romero convencidos de que el error no estaba en los proyectos, sino en la forma violenta, ruda y definitiva en que quisieron ser puestos en práctica.

Los talleres

La idea era dotar a la escuela de aparatos y útiles que la hicieran acogedora, moderna, apta para la enseñanza. Queríamos llenar los laboratorios de microscopios, el Deportivo de tableros, el gimnasio de paralelas y argollas. Se iniciaron innumerables proyectos para dotar al plantel de todo lo que necesitaba para cumplir airoosamente sus propósitos. A Sergio Vilchis le tocó ser presidente de la Sociedad de Alumnos el primer año de aquella inolvidable época. Con su tremendo sentido práctico y su facilidad de realización, Sergio se movió como ardilla para juntar fondos al alumnado.

Pronto menudearon las visitas a México que eran verdaderas excursiones para nosotros. Sentimos por primera vez la importancia de ser directamente útiles a los compañeros. Comprábamos pelotas, guantes, un equipo de sonido, magnavoces, discos —"La Heroica", 1812, de Tchaikovski— se compraron libros, enseres de laboratorio, se compró un multígrafo y un multilit, casi un equipo de Offset y 900 pesos de ladrillos.

Respecto a este asunto de ladrillos debemos apuntar que la primitiva idea, aquella que originó la compra, era la de construir un frontón, sueño inmemorial de los normalistas. Un día llegamos y ya habían construido con ellos un invernadero del tamaño de una casa de muñecas. Meses después en un informe de Gobierno, oímos decir que había costado 9 mil pesos. Los ladrillos sólo los volvimos a ver en el invernadero.

Pero la compra evidente, de indiscutible utilidad, de todos aquellos muebles deportivos y pedagógicos tampoco satisfizo a nadie. Muy por el contrario sólo sirvió para que nuevos rumores fueran echados a circular.

“¡Qué si el maestro recibía comisiones de las casas donde comprábamos los objetos!” “¡Qué si todo era puro ‚bloff!’” El profesor Romero, por iniciativa propia, hizo un gallinero y compró una pareja de marranos. Un día se perdieron. Pues bien, otro milagrito para quien nada tenía que ver en este asunto. Pero ya para entonces la psicosis de odio alimentada hábilmente por expertos de la intriga, era asfixiante. Todo mundo tenía algo que decir, algo que opinar. Había testigos a millares y dentro de aquel ambiente enardecido, toda habladuría, cualquier chisme era admitido como verdad.

Es probable que una extraña e inaudita habilidad nos haya cerrado los ojos, pero nosotros nunca tuvimos oportunidad de comprobar nada de lo que se decía. Por eso tuvimos fe y ayudamos. Ni todo fue sólo culpa del profesor Romero, ni nuestra, la culpa fue de todos incluso de los que únicamente contribuyeron con su doctoral indiferencia.



La sempiterna vida cotidiana se enseñoorea del Patio de Minerva, incluso en la época actual.

Recuerdos de nuestros profesores

En esta segunda parte don Alfonso recrea con su pluma estampas de los profesores que en su labor, no solo dejaron en él sus impresiones académicas, sino también su marca personal. Es aquí donde los descubre como educadores, ofrece un esbozo de su práctica docente, sus vicios y virtudes como maestros, pero también como seres humanos, después de todo, es así como recordamos a nuestros profesores los que hemos pasado alguna vez por las aulas de una institución educativa.

NORMAL DE PROFESORES (II) LOS MAESTROS

Al hacer una evocación respetuosa de nuestros maestros, surge inmediatamente el rostro dulce, maternal, siempre sonriente de la maestra Rosita Sánchez, se nos quedó el encanto de su voz tierna, de sus diminutivos cariñosos. Benjamín nunca fue Benjamín, era “Benja”, Trinidad era “Tri-

ni”, Beatriz era “Bibi”, jamás levantaba la voz y sabía entretenernos aplicando las disecciones de un conejo a una taqueada y el estudio de la gallina en unos sabrosos platos de enchiladas. Una vez insistimos en estudiar el carnero porque Pancho García se comprometió a convertir uno en barbacoa.

La maestra Rosita repartía las raciones y sus manos multiplicaban la barbacoa, la salsa y las tortillas. Otras veces nos llevaba a coleccionar insectos a San Bernardino, debajo de las piedras encontramos animales insólitos: alacranes, yuyos, aceiteras y alguna que otra palabra cariñosa. La maestra era impecable y es, viste siempre con discreción y finura y tiene un don de gentes encantador.

De la dulzura de Rosita pasábamos, como del sol a las tinieblas, a la clase de matemáticas. Ahí estaba don Luis, enorme, tremendo, con sus manazas de hierro. Una vez Abundio Rosales se quedó dormido en el asiento, recargado en el respaldo y con los pies tendidos en el asiento delantero. Don Luis llegó silenciosamente hasta el lugar y descargó su catapulta sobre el pupitre. A todos se nos pusieron los pelos de punta. El pupitre estalló en pedazos y Abundio cayó al suelo como fulminado por una centella. Se levantó sin saber lo que pasaba, creía que el mundo se estaba viniendo abajo y apenas pudo balbucir alguna disculpa al ver a don Luis enfrente.

Sin embargo, nunca ha sido tan fiero el león como lo pintan. Don Luis en el fondo era comprensivo y consecuente. Rara vez cometía una injusticia, pero su propia personalidad dinámica, su vigor físico, su formidable voz y su hombría arrolladora, no podían menos que imprimir un sello brusco a su carácter.

Tuvo la vida en sus manos y la escudriñó con matemática curiosidad. Un día le pagamos una vieja cuenta: “Las deudas son triunfos, tarugo el que paga”, nos dijo con su risa varonil y contagiosa. Y no lo decía porque el acostumbrara no saldar sus cuentas. Don Luis fue siempre hombre de una pieza... de una pieza de acero. En la vieja tienda de General Prim don Luis alzaba una silla del último travesaño sin pestañear. Y era una silla como de veinte kilos. A pesar de ser un atleta perfecto don Luis no se privó nunca de ninguna de las satisfacciones que puede brindar la vida a un hombre pletórico de facultades.

Su familia es casi de trascendencia bíblica. Sobre todo porque en ella hay talentos tan brillantes como el doctor Enrique Gutiérrez a quien no poco celosos colegas consideran, sin embargo, como general en jefe en eso de la medicina. Víctor heredó su afición al músculo, figura central, personaje importantísimo en la comedia estudiantil de nuestro tiempo, don Luis era respetado, temido, admirado y venerado. Toda una institución y un ilustre matemático. Podríamos hacer con él toda una novela, incluso romántica.

Realizamos un verdadero peregrinaje siguiendo al profesor Hinojosa por todos los pizarrones del salón. Comenzaba a demostrarnos un teorema en el frontal y terminaba en la pared, en los cristales y hasta en el techo. Todos ellos lugares muy fuera de alcance de nuestra corta vista.

El profesor Manuel Hinojosa, hijo del sur y extraordinario humorista, nos enseñaba el “concepto racional de Universo” y las ecuaciones de primer grado. Con las apasionantes aventuras científicas de Darwin, las correrías de Morgan entre las tribus primitivas de los Estados Unidos y la interpretación dialéctica de la prehistoria, se nos despertó la imaginación. Pero con los números no conseguimos otra cosa que hacernos partidarios de las calculadoras automáticas.

El profesor Hinojosa sentenciaba “es preferible ser un mono perfeccionado y no un Adán degenerado” y las muchachas se ponían verdes porque ellas preferían, como Eva, seguirse comiendo con Adán una manzana a hurtadillas. Provocaba discusiones en el grupo para dilucidar cuál era más acertada, si la teoría de la creación fabricada en un turno de semana americana, o la teoría evolucionista de los materialistas.

Las muchachas decían que el maestro era comunista y se espantaban de sus atrevimientos al afirmar que los “tótems”, los “tabúes” y los “fetiches” de las tribus arcaicas son lo mismo que los ayunos, medallas, etcétera, de uso común. A nosotros nos gustaba la clase porque entrañaba la respuesta a muchas inquietantes preguntas que nos veníamos haciendo desde hacía años. Sin embargo, el punto de vista ultra-materialista siempre chocó algo con nuestras imaginativas aficiones por el verso.

El profesor Marcos Quiroz con su enorme estatura, sus ojos irónicos, su fascinante personalidad varonil y su voz de trueno, nos traía “acomplejados”. Si se proponía que dijésemos la mayor cantidad de barbaridades posible lo conseguía con toda facilidad. Desconcertándonos. Había optado por mandar a los “burros” a las bancas traseras a fin de no volverse a ocupar de sus rebuznos. Un día le preguntó la clase a Bibi Benavides que era estudiosa hasta la desesperación. Pero algo no le gustó al maestro y sus ojos brillaron de ironía. Con un meloso discurso sobre la teoría de que todo ser viviente proviene de la evolución de una célula original, fue orillando al abismo a la chiquilla —entonces no podía menos que ser una chiquilla— y finalmente le preguntó, cuando ya estaba desconcertada y hecha cisco si creía que la roca sonora de la Teresona provenía también de una célula original. Beatriz por un extraño fenómeno de conciencia respondió rápidamente “Sí”. Como una roca no es ningún ser viviente, Bibi pasó a la calidad de roca en las bancas traseras. Más tarde cuando el maestro se dio cuenta de que la chica estudiaba, la volvió a llamar a las bancas delanteras. Pero ella no olvidará nunca la vergüenza que pasó y que resistió estoicamente.

Empero, tampoco el profesor Marcos era inhumano. Ni mucho menos. Cuando tuvimos que examinarnos a título de suficiencia de su materia,

las piernas nos temblaban con ostentación. Él se dio cuenta y comenzó a conversar de algunos asuntos ajenos al examen. Los nervios volvieron a su lugar y comenzó la prueba. El otro jurado era la siempre guapa y risueña maestra Cristina Villada. Cristi era encantadora. ¿Verdad? Daba lo mismo botánica que historia o civismo. Ella lo suplía todo con su personalidad brillante, con sus ojos enormes, mantenía embobados a los alumnos y la clase caminaba sin tropiezos.

Se ha discutido siempre que la maestra Cristina Villada no era una potencia en las asignaturas que impartía. Pero eso de que algunos de sus alumnos sabían más que ella, nos parecía un deleznable despropósito y una artera calumnia. La maestra Cristi siempre se esforzaba por estar a la altura de los mejores maestros. De ella aprendimos mucho, porque al no contar con una erudición enciclopédica nos simplificaba al máximo las cosas. Mucho mejor que el maestro Melesio Martínez (q.e.p.d.) que sólo daba la calificación de “diez” al que inventó la Química. “Nueve” se asignaba a sí mismo, a pesar de que sabía tanto como el inventor, y siete al mejor de sus alumnos. Con Cristi Villada fuimos felices, precisamente porque no sabía tanto como “don Mele”.

Las ideas permean hasta en la escuela

En el contexto de la Segunda Guerra Mundial el profesor Sánchez García nos conduce por una época en la que no sólo la Escuela Normal, o la República Mexicana, sino el mundo entero, se llenaba de las ideas de un momento histórico. No sólo por los hechos de armas, sino por la inmensa cantidad de doctrinas que permeaban entre los distintos sectores sociales. Y centros educativos como la Normal no fueron la excepción, recintos en los que la lluvia de conceptos cayó como una tormenta que inundó las mentes normalistas, sin embargo también nos describe como esto terminó siendo sólo eso: ideas.

NORMAL DE PROFESORES (III) EN PLENA GUERRA

Mientras nosotros suspirábamos endecasílabos tirados en las laderas del Toloche, en Europa varias naciones enfurecidas, se exterminaban con sádica delectación. Si nos atenemos a las descripciones realistas de Iliá Erenburg, Jean Paul Sartre, Curzio Malaparte y otros cronistas de la guerra, aquello fue una verdadera barbaridad.

Los alemanes fabricaban jabón con la grasa de los judíos concentrados y realizaban descomunales matanzas de toda clase de gentes de los países que invadía, como la sarna, el alacrán teutón. Bombardeos de ciudades abiertas, inmolación de rehenes, quemas de israelitas en pavorosos expe-

rimentos, en fin, el genocidio llevado a su máxima expresión de bestialidad criminal.

La guerra pasada fue un saco, se llevó entre las aspas los campos de concentración, las lluvias atómicas y otras ternezas, seis millones de judíos, quince millones de alemanes, doce millones de nipones y más de trescientos mil “supermanes” sanforizados. Los horrores, los padecimientos en los pueblos, la ruina y la devastación pusieron la pauta de lo que podrá ser, en caso de que estalle, la guerra atómica.

Sin embargo, nosotros apenas si nos enteramos de aquello. Las noticias de los periódicos se hicieron triviales. Todos los días era lo mismo: “Stalingrado resiste”. “Stalingrado continúa su heroica resistencia”. “Los yanquis asedian Corregidor”. “Los yanquis toman Corregidor”. Íbamos al cine a ver películas de guerra... Y lo común era que la compañía nos desviara la atención de la pantalla.

Nos enteramos, eso sí, de que tres países enloquecidos por la guerra, pero de las demencias imperialistas, trataban de sojuzgar al mundo a la tutela de razas embrutecidas, por el enervante orgullo racista. Por otra parte nacimos conscientes, de larga tradición liberal, enarbolando la bandera de la Democracia luchaban invertidas todas sus potencias, para cortar la cabeza al dragón fascista.

En los mismos frentes peleaban brazo con brazo, demócratas norteamericanos, liberales franceses, conservadores ingleses, socialistas latinos y comunistas rusos. Todos se llamaban “soldados de la democracia” y a todos se les tomaba en serio, aunque el asunto no dejaba de ser desconcertante para la variedad de filiaciones políticas que formaban la ensalada guerrera de los aliados.

Sabíamos que era necesario contribuir con la legión antinazi, cualquiera que fuera su color nos volvimos demócratas empedernidos. Es decir, nos dejamos llevar por una corriente amorfa, sin plataformas fijas, pero que en ese momento representaba la única finalidad plausible del hombre civilizado: acabar con la roña agresiva: Alemania, Japón e Italia.

Enterados de que la democracia se jugaba el destino de la humanidad a tiros, en el tapete de Europa, y enterados también de que lo único que debíamos hacer en su favor era enrolarnos en el Ejército, con lo cual de todos modos no habríamos podido ir a matar hitlerianos, o realizar algunas reformas de tipo material y pedagógico de la escuela, como que tampoco ayudaba en mucho a los ingleses que se estaban agarrando a mordidas con Rommel en Las Ardenas.

Es necesario advertir que cuando llegamos a la Escuela Normal, aquella Normal de entonces, aún quedaba un salón de clases con el abracadabrante nombre de Carlitos Marx. Moría indigesta de demagogia y apabullada por la burguesía irredenta, pero de poderosos dineros aquel ciclo de euforia socialista que comenzó con Cárdenas, se entibió con el siguiente, se sucedió con el posterior y acabo pudriéndose con el presente. Olas en-

cendidas de literatura habían circulado por la escuela desde el famoso pleito por la “Educación socialista”, el “Artículo tercero” y el “fantasmón de la educación sexual”. En las bibliotecas se hicieron comunes los nombres del gran Vladimiro Lenin, el apuesto y bien trajeado George Dimitroff y nuestro local Lombardo Toledano.

Parecía que estábamos llegando a la época de la gran transición. Los políticos esperaban la “aurora roja” haciendo dinero, los capitalistas enseñando los dientes y los profesores perdiendo las orejas en las comunidades ultra-fanáticas. En todos los recintos escolares los maestros hablaban de Darwin, del Materialismo Histórico, de la Dialéctica Marxista, de la dictadura del proletariado, del concepto racional y científico del Universo, organizamos en la primaria grandes cruzadas explicativas de la expropiación petrolera, de la repartición ejidal, de la nacionalización de los ferrocarriles y de los libros “Simiente” de la siete fierros donde a los niños del barrio de Huitzila les hablaban de “buenas cosechas”... “gorgojos” y “catos agraristas”.

Se hacían periódicos murales para encarnecer a la temida swástica y los pulpos devoradores de pueblos. Que casi siempre eran un señor rechoncho con el nombre de imperialismo en la calva. Todo mundo se volvió ateo por pose comunista por conveniencia y experto en asuntos sociales por instinto lideril, era simpático oír las discusiones de piquera sobre la “revolución permanente” de Trotsky y la “Revolución aislada” de Stalin, en la plataforma estaban los problemas de saber si nuestra revolución de 1910 había sido un movimiento verdaderamente proletario o una simple revuelta campesina como la rusa de 1905 capitaneada por el Cura Gapón. Se trataba de saber si estábamos en la etapa de la “dictadura proletaria” o si seguíamos siendo liberales juaristas.

Libros rojos, películas rojas, proclamas enrojecidas, líderes a granel, proletarios a montones y masas. En fin, íbamos volando hacia la nueva y colorada época del socialismo. Hablamos del derecho de huelga, del *Derecho Obrero*, de la falta de planificación de las sociedades burguesas, del proceso económico de la “plusvalía”, de la *Ley de los opuestos* de Hegel, del *Antidiuring* de Engels, del Reformismo Italiano, del Socialismo Cristiano de Gorki, de la Rebelión de Kerenski, de los Cadetes de Duma de John Reed, del Comintern de Lunacharsky, poeta y revoltoso de La Cheká, de las queridas de Stalin y de todo lo que fuera aunque medianamente bermejo.

Pero la guerra acabó con esa desafortunada carrera. De pronto cesó la propaganda roja con los imperialistas yanquis e ingleses. Stalin le dio la puntilla a *La Internacional* y prometió portarse decente con los aliados perros bolcheviques a los rusos e hicieron películas de muchachos “stajanovistas” heroicos. Todo se volvió democracia. ¿Usted es Demócrata o Demócrata? La inmoral “V” de la Victoria Churchill y su puro. Los mu-

chachos en Okinawa. El chaparro Stalin colgando los pies en Yalta. “¡Cuatitos!”... Sí, señor, “cuatitos hasta la muerte”.

Luego pasó de moda la democracia. El reloj de arena dio la vuelta. Y la guerra seguía en Corea. En Indochina. Revoluciones anticoloniales en todo el orbe. Bombas atómicas. De pronto todo mundo, de acá de este lado comenzó a insultar a los comunistas, los rusos se volvieron francamente detestables. Ya nadie quiso volver a ver los folletos de “Dimi-troff”, ni las proclamas lloronas de la desvalorada Ana Pauker.

Y los antiguos sumarios se volvieron hornos de incineración contra Rusia. Los yanquis acusan a los rusos de querer la guerra. Los rusos acusan a los yanquis de no querer la paz. Los occidentales se llaman Demócratas Populares. Rusia dice: “Nosotros los Pueblos Libres”, EE.UU., afirma: “Nosotros las Naciones Libres” y todos fabrican armas y compran soldados.

Pues bien, se pretende que en este ambiente de típico descontrol de versiones encontradas de amarillismo en la información de “cortinas de hierro” y de “cortinas de tinta” nuestra generación adquiere una clara idea de política de su tiempo... ¡Es como para echarse a reír!



Estudiantes normalistas en una moderna confrontación de ideas.

Memorias estudiantiles

En un cuarto momento el “Profesor Mosquito” nos lleva a recorrer los pasillos de la Escuela Normal para recrear esos recuerdos de los días de estudiante, pero no sólo aquellos que nos remiten a los exámenes, los trabajos escolares o las prácticas pedagógicas, también esa parte de la historia representada por el color, la alegría de la juventud, eso también es importante.

LA NORMAL DE PROFESORES (IV) EL VIEJO PATIO

Generalmente los viejitos se ponen pesados cuando hablan con voz cortada de sus “buenos tiempos”. Todo tiempo pasado fue mejor, es decir, entonces nos sentíamos bien, saludables, alegres, despreocupados.

Quisiéramos estar tan bien como entonces; luego no es el tiempo abstracto el que fue mejor, sino nuestro tiempo particular, personal. En fin, nosotros éramos los que estábamos mejor, el tiempo siempre ha sido el mismo.

Evangelina, todo un prospecto político ahora que nuestras dulces medias naranjas ya votan, opina que de todas las generaciones que han pasado por la Normal, la suya es la mejor. Y tiene razón en las condiciones en que se encuentran actualmente algunas generaciones pasadas, la de Evangelina es la única que puede presumir de estar en sus buenos tiempos; para los otros este asunto ya pertenece al pasado.

Debemos admitir paladinamente que las actuales estudiantes de la Normal se han modernizado. Muestran inquietudes, trabajan, se movilizan en muchos sentidos constructivos. En nuestros tiempos la publicidad era cosa de películas. Actualmente, las muchachas entienden y utilizan los sistemas más modernos de difusión de sus ideas. Acuden a los periódicos y a la radio, a la TV y todo lo planean desde un punto de vista megalómano y multitudinario.

Nosotros éramos unos cuantos varones en el salón, 10, señoritas 30. En todo el plantel no pasábamos de trescientos. Nuestro mundo era más estrecho, más íntimo, más lento. En aquellos días organizábamos cuando mucho dos kermeses al año. Hoy en día se realizan más de diez. Nuestras fiestas de aniversario nos costaban cuando mucho dos o tres mil pesos. Ahora cuestan cerca de veinte millones (antes de quitarle tres ceros a la moneda).

Un año de esos quisimos elegir reina de la belleza y para darle esplendor a los festejos conmemorativos de la fundación de la escuela. Decidimos cobrar por cada voto cinco centavos. Eran candidatas principales Lolita Vallejo —que según parece también llegó a filósofa— y una chica Alicia Miranda, de la cual sólo recordamos el nombre. Nos quedamos espantados cuando se llegaron a vender tres mil pesos de votos. Pero si bien el éxito económico fue rotundo, se formó un problema humano verdaderamente aterrador.

Capitaneado por Carlos Hank, Wilfrido Valverde, Luis Sicilia y otras fieras, el bando de Lolita Vallejo consiguió juntar una aparatosa suma de dinero y llevó a la corona a su reina. Pero todas las simpatías de los muchachos eran para Alicia, sobre todo las simpatías de las muchachas. En cuanto ganó la corona Lolita principió su calvario. Todos los poetas, incluso Moisés Ocádiz le dedicaron sus versos a Licha. A última hora, alguien a quien se le facilitaba la rima, parece que fue Galdino Sánchez, improvisó unos sonetos a la reina y el detalle se limó un tanto. Pero la cosa se puso seria en el baile. Mientras Lolita era la reina todas las atenciones se dirigían a Alicia. Mientras bailaba, Lolita tenía que soportar las burlas de los partidarios de Alicia y en los corredores altos se oían gritos pavorosos como el siguiente: —¡Lola, ¿verdad que Licha es más guapa?!



Generación 1943-1945 de la Normal Mixta, a la que perteneció al profesor Alfonso Sánchez.

Al año siguiente decidimos hacer la elección democrática. La ganó por aclamación Irmita Granados, pero el vestido no llegó a tiempo y nos quedamos sin reina. Al año siguiente para evitar problemas de esa naturaleza, decidimos no insistir en los graciosos reinados.

Sin embargo, los muchachos no quedaron conformes y consiguieron efectuar una carnavalesca elección. Se determinó que no se trataría de ningún trono de belleza extraordinaria, sino de un simple trono de simpatía. Lo ganó Mary García que cantaba muy bonito, que era muy simpática y no podía provocar la envidia de nuestras beldades.

El Rey Feo fue Habacuc Acosta. Sergio Vilchis padeció horrores durante kermeses y bailes de celebración. Le encantaba bailar, pero cuando tenía tiempo de hacerlo ya Cuauhtémoc Ávila estaba guardando el clarinete. Hizo un Té Danzante en la Normal y pese a nuestra hermosa lona regalada por la tremenda generación que encabezó María Nieto, una catarata del cielo dejó al patio convertido en una laguna. En la imposibilidad de improvisar un ballet acuático, todo mundo se metió al comedor, al Salón de Actos, al laboratorio de Física, al de Zoología. Desplumaron un pavo disecado, se robaron un kaleidoscopio, una pareja acabó con las probetas de don Mele, y al final, un tipo medio poeta se quería llevar un microscopio para ver la luna, por poco y se suicida Sergio esa noche.

Actualmente hay chicas que no se conocen unas a otras. Entonces todos conocíamos a todos. Sabíamos por qué eran algunas ardientes miradas dirigidas del cuarto al sexto grado, o porqué aquellos ojos se despedían como puñales de un rincón a otro del patio. A veces nos divertíamos en observar desde los corredores altos. Ése era el paisaje de nuestro tiem-

po, aquella era la vida vivida por nosotros, aquellos nuestros mejores días y nuestras mejores horas.

Aquel trío de chiquillas traviesas eran sin duda Rosa Ocádiz, Estela Castellanos y Catita López Fuentes. Rosa con sus trenzas y sus pequeños anteojos hablando siempre. Catita reía siempre y Estela le llevaba la conversación a Rosa. Las tres se casaron y las tres ya sólo escandalizan cuando tienen que regañar a sus hijos.

Aquella rueda de chiquillas que verticalizan sus miradas hacia un sólo punto central, eran sin duda las “moluscas” —de primer año— que admiraban los músculos y el fino bigote de Víctor Gutiérrez, o las ondas oxigenadas de Edilberto Valdespín. Yolanda Castillo se daba de coscorrones con Habacuc en cualquier ángulo del patio, mientras la insigne Elvira Michel —que era además de declamadora, cantante, actriz, poetisa, compositora y pintora, sub-prefecta— les gritaba desde lejos con voz de tiple porfiriana ¡¡muchachos!!

Regadas por el patio, en la Prefectura, en el jardín, y ahí donde era necesario el “ojo avizor” estaban las tías. ¿Quién no se acuerda de las tías? Hasta los muchachos del Instituto. Tía Pepita histórica imponente. No volvimos a saber de ella en muchos años. Tía Lucero que ahora está jubilada, era dulce pero enérgica... ¡bueno, ni tanto! Tía Julita pese a su adusto ceño, era un caramelo, lo mismo que tía Romanita, su hermana. Las muchachas eran a veces crueles con ellas. Componían parodias en las que las prefectas eran los personajes principales, lo mismo que los conserjes y mozos.

Muy al principio Adalmiro Sales, Camerino García, Manuel Ocaña, Ramón Domínguez y otros se reunían a oír cantar a Adalmiro. Adalmiro era nuestro compositor oficial, pescaba los temas de nuestro ambiente y les ponía una música cualquiera que no siempre resultaba tan mal.

Tenía su “Escalerita de Mármol”, “La Canción del estudiante”, “Normal Querida” y cosas por el estilo. Entreveraba a las letras nuestras porras, así había un asunto que rimaba más o menos por este tenor:

*...en las tardes llenitas de sol.
Por las noches oirás un cantante
será tu estudiante que te dice adiós...
A la bío a la bío a la bío a la bao a la bim bom bam...*

Que era precisamente el final de la porra que más nos gustaba utilizar en los eventos deportivos. De esa generación Benjamín “El Oso” fue notable como boxeador. Tenía un estilo muy pintoresco, era rubio, de pelo largo, nariz de cebolla y enormes bíceps. Parece que más tarde dejó el box por las botellas y las muchachas y acabó tumbándose a sí mismo.

Juan Argueta era un poquitín farolón. Decía Oscar Rodríguez que, cuando se lo presentaron, le dijo su nombre con voz ronca frunciendo el

labio y haciendo gestos agresivos: —A s'ornes Juan Argueta alias “El Perro”—, formaban un triángulo inseparable Argueta, el “Güero” Óscar Rodríguez y Chucho Cisneros. Argueta era expresivo y brillante, fruncía el labio en forma irónica y doctoral y siempre andaba correteando a las muchachas de primero. Óscar Rodríguez era sumamente bilioso, sufría tremendos complejos y se sentía llevado al misticismo a ratos, sin embargo tenía muy buenas puntadas.



EL PROFESOR Alfonso Sánchez García con uno de sus grupos de la Escuela Preparatoria de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Alfonso Sánchez García: El Profesor

En ocasiones se ha escuchado sobre el maestro Sánchez que *él nunca fue profesor*. No hace falta que alguien lo dijera, pues él reconoció desde siempre su malograda aptitud para ejercer el magisterio. Sin embargo, en esta quinta y última parte de la crónica expone con su toque característico varias ideas sobre la vocación tan necesaria para ser maestro, los vicios y las parálisis del sistema educativo mexicano y los inconvenientes que vive un joven normalista, al enfrentarse de lleno con la vida. Sin cortapisas y un tanto “involuntario”, éste es el pensamiento del Profesor.

LA NORMAL DE PROFESORES (V) ¿Y LA VOCACIÓN?

Quienes hayan pretendido encontrar, en esta serie de croniquillas sobre la Escuela Normal que conocimos entre los años 1939-45, una tendencia especulativo-pedagógica involuntaria, algún interés personalista o un

punto de vista crítico, pueden estar perfectamente tranquilos. No tratamos de polemizar y nuestra única afición es el periodismo en todas sus formas. Estos artículos han tenido una finalidad estrictamente literaria y el punto de vista personal que salta a los ojos es sólo el recuerdo. Fuera de ello, todo se reduce a una simple narración, un cuento, un anecdotario que quiere ser a veces, lírico. Si se nos fuerza demasiado diremos que todos los personajes que discurran a través de los hechos son puramente imaginarios y cualquiera puede atribuirles la intención que más le cuadre. “Un hombre es un experimento definitivo y único de la naturaleza” dice el romántico Hermann Hess y quienes se dedican al estudio del hombre, desde los laboratorios de la Psicología, la Sociología o la Filosofía deben estudiar el objeto teniendo en cuenta sus manifestaciones. Si aquí pueden encontrar materia prima, “Conejillos de Indias”, protocultivos, etcétera, no es culpa nuestra. Nosotros lo único que hacemos es manifestarnos.

Este paréntesis es la narración y el anterior donde hablamos de la vacilación ideológica de nuestro tiempo, tienen el fin de situar la época de los sucesos y nada más.

Pero lo sustancial es el episodio, la experiencia y la picante motivación de la leyenda. Hace poco estuvo con nosotros el tridimensional Abacuc Acosta. Igual que cualquiera del grupo estudió la carrera por corta, por emotiva y por fácil, pero no porque la vocación lo hubiera empujado por el camino de los grandes educadores. Ahora se dedica a vender ron, tiene el grosor y la consistencia de un ahuehuate y dos hijos que también se dedican a la fabricación del músculo. Es más dichoso y próspero llevando la felicidad etílica a las cantinas, que enseñando de mala gana la cartilla alfabetizante.

La presencia del formidable Abacuc, que tiene humor indiscutible de gordo, nos recordó de manera clara y definitiva el hecho deleznable de que ninguno de nosotros estudió la carrera por verdadera vocación. Algunos lo hicieron por la Beca. Éramos demasiado pobres para pretender estudios más caros e importantes como el de medicina, abogado, ingeniería, diplomático, etcétera. Otros por la novia, que por ser mujer, tampoco podía aspirar a la Universidad Metropolitana. Otros en fin se vieron empujados por la inercia del estudio, por el pretexto de tener una “basecilla” desde la cual saltar a la abogacía o a la medicina. Pero la milagrosa vocación que produce magníficos resultados en aquellos que la tienen no apareció nunca en ninguno de nosotros.

Sergio Vilchis soñaba con gallinas gordas, puercos cebados, ciruelos ópimos de fruta, el maíz de pródigas mazorcas, las vacas mansas y lecheras, los quesos y la mantequilla. Moisés Ocádiz vivía para hilvanar poemas, soñaba con los laureles de Virgilio, los sonetos de Petrarca y las Beatrices de todos los Dantes de la Tierra. Víctor Gutiérrez amaba al músculo y quería llegar a ser un histórico don Filiberto Navas o una espléndida estrella de fútbol.

Algunos fueron más sinceros y no queriendo entregarse a las carreras seculares prefirieron la postura del autodidacta y se entregaron a su vocación sin reservas, como Rodolfo García, que de la secundaria pasó directamente a la Literatura. Rodolfo siempre se manifestó huraño a la educación escolástica de los planteles. Nadie satisfacía sus dudas, nadie trataba de encontrar y encender la mecha que ardía en sus ambiciones de escritor. Prefirió seguir solo el camino, terriblemente solo, con la única compañía de sus ensimismados pensamientos. Quiso como Nietzsche encontrarse en sí mismo. Comprender sus valores y desencadenar por sí propio sus fuerzas creadoras.

Pero los demás seguimos la carrera sin hacer mayores esfuerzos para comprender su sentido y sus proyecciones sin tratar de enamorarnos de sus valiosos ángulos espirituales. Nuestros maestros. Buenos maestros, todos se preocupaban por enseñarnos las materias a conciencia, poniendo en ello todo su entusiasmo. Pero nadie nos ayudó a descubrir el camino por el cual la vida nos llevaría más pronto a la plenitud. Y puesto que la educación no quiso descubrirnos nuestra propia personalidad, nosotros no pudimos entender los valores supremos de la educación. Todo lo encontramos al salir a la vida, todo nos fue revelado por las circunstancias, el hambre, el dolor, la desgracia y la muerte. Algunos ni siquiera hemos conseguido encontrar la verdad.

Fue una noche en el viejo y oscuro edificio de Cheka que ocupaba la Escuela Tierra y Libertad. En uno de los tétricos corredores conversábamos con el profesor Romero, le confesamos nuestros deseos de huir de la carrera apenas terminada, para entregarnos de frente a la actividad periodística que más se compaginaba con ciertos sueños literarios, tan viejos como enmohecidos.

—¡Qué barbaridad!... eso es una locura, debes tener en cuenta que en México hay centenares de muchachos bachilleres y hasta pasantes de la Universidad y el Poli, con mucha mayor preparación y cultura, con más ambiente de mundo, con mayores facilidades que han fracasado. No, tú debes concretarte a tu oficio, pretender algo más te llevará a caminos errados.

Así alentaban nuestra vocación, los maestros así nos ayudaban a descubrir en el mundo un sentido para nuestra desorientada existencia. Alguien más estuvo con nosotros, Galdino Sánchez. Galdino cantaba y hacía versos. Con Sergio y María García una vez interpretaron “La viuda alegre”, y no se les oyó mal. Galdino sí logró instalarse en el magisterio, aunque no se puede decir tampoco que haya seguido por el rumbo de la investigación pedagógica.

Ahora procura desplegar una actividad constructiva instalando en la escuelas rurales huertas, gallineros, zahúrdas, crías de ganado lanar. En fin, utiliza su vocación campesina y comercial enseñando a los maestros

y a los alumnos de estos maestros a especular en el lado práctico de la vida.

Era brillante, tenía una facilidad extraordinaria para entender los problemas y bastante claridad para exponerlos. Nunca tuvo dificultad para el estudio y se proyectaba como un buen profesional. Sin embargo Jorge Vilchis tampoco encontró abierto su camino en la educación. Mientras quiso fue un buen maestro. Pero como otros muchos de nosotros, no era “ni siquiera aficionado” a la pedagogía y acabó por aburrirse. Luego comenzó a sentirse solo, vacío y volvió al magisterio en espera de encontrar algún día su verdadera vocación.

Durante las prácticas escolares que hicimos en la ciudad y en algunos poblados cercanos, se nos presentó con mayor nitidez la incompatibilidad de nuestra vocación con la enseñanza, y es que no se puede sentir mucho apego a un oficio en donde no se encuentra con las menores facilidades para ejercerlo. En las escuelas de los poblados nos enfrentamos a la tragedia de la educación rural. En las escuelas de Toluca, con la tragedia de la educación urbana.

¿Cómo era posible poner en práctica las doctrinas pedagógicas modernas si los alumnos iban a la escuela con hambre, si no teníamos quince centavos para comprar cartoncillo y objetivizar las lecciones? Notamos entonces con horror que la educación de México padece de parálisis crónica por falta de elementos vitales. Maestros mal pagados, escuelas ruinosas, inspectores arbitrarios, alumnos famélicos, ¡hambre, sufrimiento, pobreza inaudita y retraso casi cavernario! La regla y la vara, el coscorrón, gis y pizarrón, bla, bla científico... esos son los recursos enormes del maestro. Fuera de ello todo es teoría, todo es tiempo perdido, todo es ilusión.

Cuando terminamos la carrera, nadie sintió la felicidad de estar en las puertas de la vida con las armas del triunfo en la mano. Todos sentimos dejar la escuela; los años de felicidad, de ensueño, de romanticismo, habían pasado. Ahora estaba enfrente la dura realidad, los sueldos misérrimos, la desesperanza del maestro, su estrechez, sus frustraciones y su rencor a los alumnos. Al frente estaba la vida como un yermo, para muchos la escena fue inaguantable y optamos por huir en la más vergonzosa de las fugas que, sin embargo, tal vez estaba presionada sólo por el genio de la vocación. Otros fueron valientes, sabían que encontrarían su camino al fin de todo, dentro del magisterio o fuera de él, y se quedaron.

Ahora lo único que tenemos que agradecer en verdad son los años vividos en la escuela, su riqueza de experiencia y emociones y su versatilidad, su hermoso devenir romántico. Por eso los recuerdos se agolpan sin sentido crítico, sin intención especulativa, como simples recuerdos de juventud. Tal vez las generaciones futuras puedan hablar de sus años mozos en otra forma... nosotros sólo podemos recordarlos como algo bello que principió a tener complicaciones hasta que se convirtió en “la vida”.

Las tardes de verano agrias, irrespirables, en el salón húmedo y caldeado como un invernadero, la imaginación trotaba por las orillas del paisaje lejano, después del vidrio y la conciencia. Entonces, una preocupación suprema se escucharía, en las preguntas: ¿Qué es la técnica de la enseñanza? ¿Qué es la ciencia de la educación? ¿Qué es la Pedagogía?... Nunca pudimos contestar a la manera científica, pero había indicios, intuiciones, presentimientos, de que todas las asignaturas netamente educativas tenían como misión fundamental conseguir un método que hiciera fácil la enseñanza, que propiciara el interés de los alumnos en el conocimiento, que los llevara de la mano, sin reglazos, asales orejas, dentro de un ambiente de alegría y ambición de saber, en dirección inmediata a la elevación moral y espiritual.

En síntesis, en aquellas horas lacustres, abismados en la duda, pudimos comprobar con profundo desencanto que las teorías pedagógicas más modernas resultaban dogmáticas e inaplicables. ¿Si la técnica de la enseñanza tenía como misión principal la de hacer agradable el aprendizaje, por qué a nosotros nos resultaba tan hostil la enseñanza precisamente de la Técnica de la Enseñanza? Se pretendía instruirnos para que nosotros hiciéramos la felicidad educativa de nuestros futuros alumnos y, sin embargo, para nosotros esa instrucción resultaba totalmente infeliz.

Ese Foma Fombicht, sentíamos su innecesaria presencia, su egoísmo, su pedantería sabihonda, su imposición arbitraria... y muchos de nuestros maestros eran Foma Fombicht...

La vida nos enseñó precisamente que en la escuela sólo aprendimos a sentir, sólo cobramos sensibilidad en sus ámbitos. ¿Armas?, nos dio muy pocas, a cambio de todo el caudal de romanticismo que acumuló en nuestras conciencias.

Tal vez en el curso de estos articulillos sobre la Normal nuestra, la Normal del profesor Pedro Romero, se hayan colado algunos artistas, algunas espinillas. No es que queramos mal a Mario Centella, por ejemplo, pero el recuerdo es móvil, la imaginación es incierta y el detalle anecdótico, irremediable, no siempre es dulce y amable.

Alguna vez, cuando esa generación de la que hablamos se sumerja en el opalino lacustre del recuerdo, verá que de la Normal sólo nos quedan memorias emotivas, cantos de amor, suspiros perfumados, una canción, un beso, una esperanza...

No pretendemos echar la palanca en reversa ni nos prendemos desesperados al Sol de ayer, pues comprendemos que un nuevo Sol, con un nuevo sentido, alumbra a las generaciones presentes.

Salimos desnudos a la vida y la vida nos vistió muy distintos ropajes. Algunos alcanzaron a vestirse de maestros, otros apenas tenemos traje de bohemios. Pero eso sí, tenemos la esperanza remota quizás de que en una Normal del futuro no sólo se podrá pescar recuerdo, sino vida, acción, fuerza creadora. Esa Normal con que soñamos y que tal vez no veremos.



El profesor Alfonso Sánchez García acompañado por algunas de sus alumnas de la Normal de Señoritas.

Referencias

- “Presea Estado de México” 1983. Acto que conjuga dialécticamente pasado y porvenir. (1984). *Tribuna*, (102), 24-27.
- Alfonso Sánchez García, ejemplo de tenacidad, sinceridad e integridad. (1998). *Edomex al día*, (34), 18.
- Chopín Torres, Ángel. (1992). En busca de los poetas perdidos: Alfonso Sánchez García. *Pirámide*, (7), 8-9.
- Confederación de Profesionales del Estado de México. (1982). *Humanismo en provincia: Testimonio de la Presea Bienal al Mérito*. Toluca, México: Autor.
- Destacan la participación académica de Alfonso Sánchez en la Universidad. (1997). *El Pulso de Toluca*, (273), 5.
- Directorio de cronistas. (1984). *Posta: Gaceta informativa de la Dirección de Patrimonio Cultural*, (2), 10-13.
- Dos escritores y un pintor. (1992). *Revista de revistas*, (4323), 6.
- El Centro Cultura Mexiquense, obra al servicio del pueblo. (1986). *Agro*, (130), 17.
- El profesor Alfonso Sánchez García nombrado cronista de Toluca. (1981). *Pulso*, (64), 42.
- Estrada Hernández, Elisa. (1998). 116 Aniversario del Normalismo en el Estado de México. *Alter Minerva*, (2), 3-4.
- García Gutiérrez, Rodolfo. (1986). Alfonso Sánchez García. *El Pulso de Toluca*, (150), I-II.
- García Luna, Margarita. (1999). En riesgo memoria histórica de Toluca. *El Pulso de Toluca*, (294), 4-5.
- García Luna, Margarita. (2011, 5 de junio). Recordando al Profesor Alfonso Sánchez García a los 14 años de su muerte. *El Sol de Toluca*, pp. 7A.
- García Rojas, Antonio. (1968). Medallas y diplomas a destacados periodistas locales. *Equinoccio*, (7), 23-25.
- García Salgado, Germán. (1979). La Bienal. Un reconocimiento en vida a los valores del Estado de México. *Tribuna*, (57), 16-17.

- González Carbajal, Juan. (1982). Atalaya política: ¡Crisis del periodismo en Toluca! *Tribuna*, (87), 15-19
- González Carbajal, Juan. (1983). Augusto Isla habla para Tribuna sin pelos en la lengua. *Tribuna*, (94), 12-14.
- Gutiérrez, Víctor Manuel. (1989). No soy intelectual de brazos cruzados. *El Pulso de Toluca*, (184), 8-9.
- La iniciativa privada da y recibe de la educación editorial. (1964). *Magisterio*, (1), 1.
- León García, Aída María Antonia. (1995). Semana de identidad institucional. *Expresión y comunicación*, (39), 11-13.
- Loreto, Salvador. (1987). El verdadero periodismo genera mártires: Alfonso Sánchez García. *Aire nuestro*, (7), 16-17.
- Los ciento cincuenta años de educación en el Estado de México. (1975), *Amanecer*, (2), 8-9.
- Obra monográfica del registro civil en el Estado de México. (1990). *Boletín de la Dirección del Registro Civil*, (7), 6.
- Ocampo Torres, Tzutzumatzin. (1994). Reflexiones del "Profr. Mosquito". *Cal-mécac*, (5), 1-2.
- Presea Estado de México: Homenaje a 19 ciudadanos destacados por sus obras. (1995). *El Pulso de Toluca*, (244), 22-23.
- Presentación del libro "Historia del Estado de México" del Profesor Sánchez. (1981). *Pulso*, (61), 46-47.
- Ramírez, Celeste. (2011, 27 de mayo). *Recordando al Profesor Mosquito*. Milenio [en línea]. Recuperado el 3 de junio de 2011, de <http://impreso.milenio.com/node/8965315>.
- Reconocimiento del pueblo de Toluca al cronista, profesor Alfonso Sánchez García. (1986), *Agro*, (135), 26.
- Sánchez Arteché, Alfonso, Sánchez Arteché, Miguel Ángel y Sánchez Arce Rodolfo. (2001). *El plumaje del mosco (páginas autobiográficas)*. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Sánchez García, Alfonso. (1981). *Apuntes de historia del Estado de México*. Toluca, México: Gobierno del Estado de México, Dirección de Educación Pública.
- Sánchez García, Alfonso. (1982). *Primer centenario del normalismo en el Estado de México*. Toluca, México: Gobierno del Estado de México, Secretaría de Educación Cultura y Bienestar Social.
- Sánchez García, Alfonso. (1989, 10 de junio). Normal de Profesores (I) Un vivero magisterial. *El Noticiero*, pp. 9.
- Sánchez García, Alfonso. (1989, 15 de julio). Normal de Profesores (V) ¿Y la vocación? *El Noticiero*, pp. 9
- Sánchez García, Alfonso. (1989, 17 de junio). Normal de Profesores (II) Los maestros. *El Noticiero*, pp. 9.
- Sánchez García, Alfonso. (1989, 24 de junio). Normal de Profesores (III) En plena guerra. *El Noticiero*, pp. 9.
- Sánchez García, Alfonso. (1989, 8 de julio). Normal de Profesores (IV) El viejo patio. *El Noticiero*, pp. 7
- Sánchez García, Alfonso. (1994). Tradiciones y espacios culturales: Puntos de vista de Alfonso Sánchez García. Cronista municipal. *Agro*, (197), 22-23.
- Sánchez, Leonor S. (1993). Historia verdadera de la fundación de Toluca. *Estrategia*, (6), 29.
- Se contará en el Estado con 155 bibliotecas. (1987). *Semblanza*, (4), 30-31.
- Sumano Magadán, Héctor (1999). Los grupos culturales en el Estado de México en el siglo XIX hasta nuestros días. *Tribuna*, (194), 12-21.

Este folleto terminó de imprimirse en la sección de Diseño Gráfico e Impresión de la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores de Toluca, en agosto de 2011, y consta de 200 ejemplares.